

# cristo resucita en la iglesia

Enrique Barón

## ¿Anécdotas?

Lo que dicen las narraciones de los evangelios sobre la resurrección de Jesús da la impresión de algo pequeño, externo y lejano. Las tres cosas son inconvenientes para nuestra fe. Son *algo pequeño* en cuanto atañen sólo a un pequeño número de discípulos, se fijan en detalles como que un discípulo corrió más que el otro, las idas y venidas de aquella minúscula comunidad; el suceso central está visto a través de un anecdótico. Son *algo externo* porque, renunciando a hablar directamente de la resurrección en sí misma, describen el camino de las mujeres hacia el sepulcro, lo que iban comentando, lo que vieron, y así sucesivamente. Es verdad que también se refieren a lo que sintieron, de temor o alegría, de incredulidad o fe. Pero ésta parece una interioridad de poco alcance. Vivencias internas más profundas se las podría encontrar más a la mano dentro de la vida de la Iglesia y también fuera de ella. Por último, son *algo lejano* porque narran lo que sucedió hace más de veinte siglos y parece que para encontrarlo tenemos que volver la vista atrás.

Pero dentro de estos límites cabe el misterio central de la fe. Porque esa pequeñez, exterioridad y lejanía están abiertas a la grandeza, la interioridad y la presencia. Lo que sucedió en aquel tiempo y en aquel sitio apunta a lo que sucede permanentemente en la vida de la Iglesia.

## Sepulcro abierto hacia un camino

En primer lugar, lo que las narraciones evangélicas subrayan más del sepulcro de Jesús es que la losa estaba corrida, es decir, que estaba abierto. El dominio de la muerte está vencido. El sepulcro ya no es el lugar donde puedan encontrar a aquél que buscaban; no está allí. Y esa apertura se orienta hacia un camino por el cual Jesús irá delante de los discípulos y de Pedro, igual que antes los precedió por el camino hacia Jerusalén y hacia la Cruz. Es el camino de Galilea. Lo mismo que toda la vida anterior estaba sintetizada en el camino hacia Jerusalén, así toda la vida posterior está sintetizada en el camino hacia Galilea. Y la vida posterior no es la de unos cuantos días que van a durar las apariciones sino la de toda la permanencia de Jesús con los suyos a lo largo de los siglos. El hecho de que el evangelio de Marcos se corte bruscamente sin narrar apariciones<sup>1</sup>, aunque supone que tuvieron lugar, se puede entender en el sentido de que esas apariciones pertenecen ya a esa vida de la Iglesia que el evangelista no pretende narrar, porque en substancia es lo mismo que experimentarán todos los cristianos de todos los tiempos: la presencia de Jesús vivo. Es verdad que en aquellos comienzos esa presencia tuvo una modalidad peculiar: fue visible. Pero esto no la diferenciaba fundamentalmente de la presencia invisible que iba a seguir, ni la hacía superior. En ningún evangelio se presenta el tiempo de las apariciones como un tiempo privilegiado. Al revés, se alaba como dichosos a los que viven en las condiciones propias de los cristianos de las generaciones posteriores: “los que creen sin haber visto”.

En Mc, Galilea representa la primera ola de expansión de la Iglesia naciente, lo mismo que había sido el escenario de la primera predicación de Jesús. Y por ser el primer sitio a donde se extendió la Iglesia puede representar a todos los demás países a donde la Iglesia había de llegar. Por tanto se está refiriendo a la vida de la Iglesia. Galilea se contrapone al sepulcro. Del sepulcro dice el joven que Jesús no está allí (Mc 16,6), se entiende que porque es lugar de muerte y Jesús está vivo; consiguientemente no lo ven. Por el contrario, Galilea ha sido y será el lugar donde desplegar toda una actividad, lugar de vida; allí lo verán. Lo verán primero visiblemente —valga la redundancia— y después, a lo largo de todos los tiempos, con “los ojos de la fe”. Con ello se cumplirá una palabra de Jesús (“como les dijo” en la última cena, Jn 14,28). Pero no hay en la narración evangélica

---

<sup>1</sup>Digo que Mc interrumpe sin narrar apariciones porque lo que sigue en 16,9-20 comúnmente se considera como añadido a la redacción del evangelio, aunque esta añadidura sea canónica. Pero la interrupción es significativa.

ningún suceso, ninguna aparición esplendorosa, que pretenda agotar todo el cumplimiento de esta palabra de Jesús. Podemos entender que esta palabra se tendrá que seguir cumpliendo a lo largo de los siglos y a lo largo de las tierras.

### **Lo humano**

La palabra de Jesús se cumplirá dándole la vuelta a la realidad humana de unos discípulos miedosos. En la última cena, la predicción “iré por delante de vosotros a Galilea” está a renglón seguido de: “Todos vais a fallar, como está escrito: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas”. Esa ida parece que será una huída. Esto recoge un aspecto que estará presente en todas las narraciones de los evangelios: aquellos discípulos de Jesús, los mismos que lo vieron resucitado y fueron sus testigos, no fueron unos modelos intachables; estaban rodeados de muchas debilidades humanas, empezando por el miedo y terminando por la resistencia a creer. El que va delante tendrá que convertir la huída y dispersión en expansión de una nueva vida. Tendrá que cambiar interiormente a esos discípulos.

Esta debilidad humana también pertenece a la realidad de la Iglesia, de los discípulos de Jesús que la formamos. Lo que se nos pide, ahora como antes, es el “seguimiento” tras del que va delante, la buena disposición necesaria para reconocer a Jesús como guía de nuestras vidas.

### **Lo universal**

Galilea significa también una primera referencia a la universalidad de la Iglesia. En ella había mezcla de pueblos (“Galilea de los gentiles”, Mt 4,15). Empezaba la igualdad de todas las gentes en orden a la salvación que trae Jesús.

Lc ve las cosas de modo un poco distinto. En su evangelio todos los acontecimientos en torno a la resurrección de Jesús los centra en Jerusalén. En su segundo libro, cuando narra en los Hechos de los Apóstoles la vida de la primera Iglesia, Jerusalén será el centro a partir del cual se extenderá esa vida “hasta los confines del mundo” (Hech 1,8). Galilea como que se esfuma ante esa perspectiva más amplia. Pero también Lc se siente obligado a hacer una referencia a Galilea en relación con la resurrección de Jesús: “Acordaos de lo que os dije estando todavía en Galilea” (24,6). Está vinculada al pasado de su predicación y de la instrucción de los discípulos. Estos en persona serán los que abran el futuro.

## La predicación de la Iglesia

Otro rasgo eclesial lo podemos ver en que lo más directo acerca de la resurrección de Jesús está dicho en términos de predicación de la Iglesia. La resurrección de Jesús en ningún sitio está descrita; está proclamada. Los “dos hombres con vestidos refulgentes” (Lc 24,5) dicen lo mismo que dirá la Iglesia en su predicación primera: “Ha resucitado”. La predicación de la Iglesia consiste, antes que en una doctrina, en el anuncio de que ha tenido lugar un acontecimiento: que a aquél a quien los hombres habían matado, Dios lo ha resucitado. Efectivamente, cuando se presenta la predicación de Pedro primero y de Pablo después, el anuncio de que Jesús de Nazaret, el crucificado, ha resucitado, es lo más importante que tienen que decir y de donde derivan consecuencias doctrinales y prácticas. El sepulcro no está vacío. Está lleno del anuncio de la resurrección de Jesús. Es el punto de partida de este anuncio. La Iglesia tendrá que ser el altavoz que haga llegar esa palabra hasta sitios más apartados. Y cuando formule su fe, lo central de ella, como en un comienzo de “credo”, dirá esto mismo: “ha resucitado” (1 Cor 15,4).

Cuando los dos discípulos de Emaús se encuentren con los once apóstoles, éstos les anunciarán la resurrección de Jesús con palabras en las que también resuena la predicación primera: “Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón” (Lc 24,34).

## Sin rasgos identificables o gloriosos

Hoy estamos en condiciones de apreciar un rasgo de esta página de los evangelios: la sobriedad. No hay una descripción de cómo resucitó Jesús, de un cadáver que se reanima y se levanta, de una luz que lo circunda, etc. Lo refulgente en Lc (como otras manifestaciones de la gloria en los otros evangelios) no está en el resucitado, sino en los vestidos de los dos hombres que anuncian su resurrección. En fechas más tardías y en un documento no reconocido por la Iglesia (el “Evangelio de Pedro”) la imaginación intentará describirlo y dirá que su cabeza sobrepasaba las nubes. Pero en los evangelios que leemos en la Iglesia, ni siquiera cuando se narren sus apariciones se describirá su apariencia corporal. No se dirá, por ejemplo, que sus vestidos eran refulgentes. Más bien se supone que su apariencia no tenía nada de particular porque podía ser confundido con un forastero, con un hortelano, con cualquier hombre corriente. Este Jesús no descrito, que no es identificado por sus rasgos corporales, aun cuando se subraya su corporeidad, se asemeja al Jesús que vive en la Iglesia invisiblemente.

## ¿Invisible?

Algunos dan un paso más y afirman que todo lo que se dice en las narraciones evangélicas sobre el sepulcro vacío o sobre las apariciones no significa más que la transformación puramente interior de los discípulos y un encuentro con Jesús vivo puramente en fe, sin nada de visión. Este modo de entender las cosas cae en el espiritualismo, no valora este mundo sensible, destierra al hombre a un aislamiento intimista. No es esto lo que ha enseñado ni lo que ha practicado Jesús a lo largo de su vida y no hay por qué pensar que ahora quiera retractarse de ello. Y tampoco en la Iglesia posterior se nos invita a encontrarlo de forma puramente intimista. También en ella su presencia se hará sensible: en el hambriento a quien se le da de comer (cf. Mt 25,37.40), en el enviado que cumple su misión (cf. Mt 10,40), en los que se reúnen en su nombre (cf. Mt 18,20). Los cristianos estamos en un régimen "sacramental" que se extiende más allá de los siete sacramentos. "Sacramental" significa que lo que nos entra por los ojos tiene un significado y una eficacia nuevos. Se nos pide, no que seamos tan espirituales que lo despreciemos, sino que sepamos entender su significado y asimilar su eficacia. Así hace la Iglesia su liturgia, particularmente en el día de Pascua con los dos grandes símbolos que son el agua y el fuego. El mismo cristiano está llamado a ser en su vida manifestación visible de esa presencia invisible de Cristo.

## Conforme a las Escrituras

Decíamos antes que en la predicación de la Iglesia lo que ante todo se hace es anunciar la novedad siempre nueva del gran acontecimiento. Pero hay otra permanente labor de la Iglesia y de su predicación: explicar que con ello se cumple lo que entraba en el plan de Dios. Lo que está dispuesto por Dios es bueno para el hombre y tiene que cumplirse. Con una sola palabra se viene repitiendo a lo largo del evangelio esta visión de conjunto que abarca toda la historia de Jesús: una vida que desemboca en la muerte y una muerte que desde dentro de sí mismo llega a la resurrección. Después de acontecida la resurrección de Jesús, su muerte en la cruz seguía siendo la gran dificultad. Parecía que los hombres habían podido más que Dios, que ellos eran los que habían tenido la última palabra sobre todo este asunto de Jesús. Y ahora la resurrección no se impone como una evidencia avasalladora que con su luz haga olvidar la oscuridad de la cruz. Según lo que dicen los evangelios, Lc una y otra vez y Jn con palabras explícitas (20,9), antes de reconocer a Jesús resucitado hay que entrar dentro de ese plan de Dios, hacerse propio

ese modo de pensar que ve en el mayor fracaso el mayor éxito, en lo que disponen los hombres lo que dispone Dios. Hay que entrar en la oscuridad para ver la luz. A la fe en la resurrección sólo se llega venciendo una resistencia. Así fue al comienzo y así es permanentemente. Es la misma dificultad que se pone a la fe en Dios: la realidad del mal en el mundo. Esta dificultad que se extiende a lo largo de toda la historia, de las vidas y los sufrimientos de todos los hombres, ahora se concentra en uno solo. Es el "escándalo de la Cruz". Para llegar a la Resurrección hay que superarlo desde dentro mismo de ese escándalo, desde su oscuridad.

Todas las lecciones de Escritura en que tanto insiste Lc tienen esa finalidad: meternos dentro de ese paradójico plan de Dios. Y detrás de la Escritura podemos ver las experiencias vividas por muchos hombres y del pueblo entero de Israel. Eran experiencias de una especie de muerte, por ejemplo cuando estaban desterrados o cuando estaban enfermos y desolados, y de una especie de resurrección, cuando volvieron del destierro, cuando sanaron y se sintieron interiormente fortalecidos. Pues estas experiencias humanas vividas por muchos hombres, de las que hablan los profetas y los salmos, se han realizado de forma culminante en la resurrección del crucificado.

### **Des-ilusionante**

Con esto salimos al paso a un modo de entender la resurrección como un "happy end", con lo que esto tiene de escapatoria a la dureza de la vida, de proyección de las propias ilusiones. Sería un intento de anular la realidad de la muerte. Esto se puede dar. Es probablemente lo que pensaban aquellos cristianos de Corinto a quienes refuta san Pablo: una resurrección sin pasar por la muerte. También sería el modo de pensar de los que ven en la resurrección como una revancha que Jesús se habría tomado de todo lo anterior. Sería la gran ocasión de vencer a sus enemigos como antes lo habían vencido a él. Pero en los evangelios no hay nada de esta revancha. Tampoco es el desquite de quien va a ejercer ese poder de que antes carecía, el poder que se impone en este mundo. Pero ese poder seguirá en manos de los mismos que lo tenían antes y el Resucitado no se lo va a quitar, lo mismo que tampoco se lo quitó el niño recién nacido. Es una resurrección, la de Jesús, que desilusiona, es decir, que quita ilusiones, no que proyecta como realidad nuestras ilusiones.

De forma plástica se expresa esto diciendo que en el resucitado están las llagas del crucificado. Algo había en la muerte que ha quedado recogido

y conservado en esta vida. Había todo lo que en ella puso el mismo Jesús con su modo personal de vivirla. Esa misma disposición personal se ha perpetuado en el Resucitado.

Al creer en la Resurrección aceptamos pasar por la muerte y luchar (agonizar) con la muerte, a pesar de la repugnancia natural a aceptarla; la resurrección brota de dentro mismo de la muerte. No se da pie a pintar la vida de Jesús resucitado o del resucitado en general con los colores que le pueden prestar los propios deseos o fantasías.

### **Recordadora**

Otra dimensión eclesial de lo que sucede en la visita al sepulcro: se les aviva el recuerdo de las palabras que Jesús había dicho. La Iglesia permanentemente tiene que vivir de este recuerdo. Si se olvidara, no sabría qué hacer. Si las palabras de Jesús están vivas en el recuerdo, es porque Jesús mismo está vivo en persona. Si no estuviera vivo, sus palabras habrían caído en el olvido. Este recuerdo es el que opera el Espíritu (cf. Jn 14,26), el que Jesús resucitado va a comunicar a su Iglesia.

### **Comunicadora**

“Y anunciaron todo esto a los Once y a los demás” (Lc 24,9). Una red de comunicaciones comienza a tejerse, que continúa después con los discípulos de Emaús y con los Once. Lo que cada uno sabe, lo que ha experimentado, se lo comunica a los demás. Así empezará a formarse la Iglesia como una trama que se va haciendo con las aportaciones de unos y de otros. Lo mismo que Jesús no se guarda para sí la nueva vida, sino que la comunica, así también sus discípulos se comunican entre sí lo que cada uno ha vivido en relación al Resucitado. La misión de toda la Iglesia, la tarea que le ha sido encomendada, consistirá en continuar aquellas primeras comunicaciones de unos a otros, ser testigos de la Resurrección (Lc 24,48), y ser testigo significa responder con la propia vida de la verdad de lo que dicen de palabra. Ser testigos de la Resurrección es vivir de la vida del Resucitado y hacer posible que otros también vivan de ella.

### **Comienzo de la fe**

“Vio y creyó” (Jn 20,8). La fe es el desenlace. Lo demás se dirige y orienta hacia la fe. Creyó no esto o lo otro, sino de forma absoluta; porque la resurrección no es un suceso junto a otros sino el que engloba a todos

los demás, aquél a cuya luz se muestra toda la vida y la persona de Jesús como merecedora de fe. La resurrección es el sí de Dios a todo lo que Jesús significaba. Y la fe en la resurrección es fe en Jesús y fe en Dios. El Dios que resucita a su Hijo es plenamente de fiar. Esto es lo que comenzó a abrirse camino con ocasión del sepulcro cuya piedra estaba corrida y en cuyo interior habían quedado las vendas y el sudario. Estos detalles, que por sí mismos no son tan importantes, pudieron convertirse en signos de la resurrección que los captara quien estaba bien dispuesto para creer.

### **Del Resucitado a la Iglesia y viceversa**

A través de varios detalles hemos visto que lo que sucedió entonces tiene su prolongación en lo que sucede ahora en la Iglesia. El anuncio del acontecimiento sigue resonando en la predicación. La lectura de la Sagrada Escritura como medio de conocer el plan de salvación de Dios sigue ocupando a la Iglesia. El recuerdo de todo lo anterior de la vida de Jesús lo conserva permanentemente la Iglesia en los evangelios. La misión o envío que entonces empieza se continúa hasta hoy. Por último, la fe es la misma entonces y ahora. Todo puede ser leído a una luz eclesial.

Pero podemos proceder también en dirección inversa, desde esta Iglesia en la que estamos hoy hasta ese origen en aquella mañana de aquel día primero de la semana, que luego se llamaría domingo. Este recorrido nos invita a ver alrededor de nosotros señales de que Jesús ha resucitado, a interpretar la vida de la Iglesia en clave de resurrección. No que neguemos que en esta Iglesia nuestra haya fallos. También los hubo en los discípulos de quienes se habla en las narraciones pascuales. No hay ni una escena en la que no aparezca algún fallo, alguna resistencia a creer o incomprensión ante el Resucitado. Pero además de los fallos hay una vida que es de tal calidad que no se explica sino como participación de la gran novedad de vida que entonces empezó.

Podríamos intentar expresar el misterio de la Resurrección en términos de "calidad de vida". La nueva vida no consistirá sólo ni principalmente en aparecer y desaparecer y otros rasgos referidos al mundo material, sino ante todo en vivir en plenitud ese mismo género de vida que Jesús había enseñado y practicado. Este modo de vivir lo podemos valorar como calidad de vida nueva, que contrasta con otro modo de vivir que desconoce o rechaza el modo de vivir que se traza en los evangelios. La imagen más aproximada que nos podemos formar de esa figura del Resucitado, que nunca se describe, estará



formada a partir de lo que conozcamos por experiencia de aquéllos que viven como discípulos del Resucitado. Aunque en las narraciones evangélicas esto no se explicita, no es una casualidad que sólo los discípulos de Jesús se encuentran con él después de la resurrección. No hay encuentros como los que se narraban antes con los fariseos, los letrados y demás personas ajenas a su seguimiento. Ser discípulo, sin necesidad de ninguna calificación adicional como sería la de apóstol, calificación de la que carecían aquellas mujeres que fueron al sepulcro, significa tomarse en serio, intentar vivir todo eso que Jesús había predicado. El Resucitado no tiene nada que añadir, ya no predica. Tiene que vencer la resistencia que todavía ponen a ser plenamente sus discípulos. La vence comunicando su misma vida.

**Enrique Barón**